

Murcia

María Matas Canovas, 83 años.

María Ángeles Castaño Molina, 26 años.

UNA CALLE CON NOMBRE DE MUJER

Mes de abril. A las 17:30 horas es la cita. No quiero llegar tarde. Cojo el coche y me dirijo hacia el lugar donde me espera mi nueva amiga. Sólo sé su nombre, María Matas Canovas, y su edad, 83 años. Algo dentro de mí me dice que seremos buenas amigas. Algo dentro de mí...

Llego al lugar antes de la hora acordada. Me siento nerviosa. Ya estoy en la puerta de la residencia Hogar de Betania. La abro. Entro y, mientras miro de un lado a otro, puedo percibir una olor a judías cocidas, patatas, zanahoria... “Han comido hervido” pensé. Una mujer de bata blanca se acerca y me pregunta qué necesito. “Vengo a ver a María, María Matas” le digo. Muy amable me lleva a su habitación. Me siento impaciente por ver su aspecto, ante mí se presenta una mujer fuerte, de pelo blanco, ojos brillantes... “Tiene el pelo de plata” pensé.

–Su visita María, dice la mujer que me acompaña. No sé quién eres –dice ella entre risas– pero... pasa. Le explico la razón de mi visita y quién soy yo. Ella está encantada. Su rostro lo afirma. “Siéntate hija mía, ponte esta almohada debajo, estarás más cómoda...”.

Tranquila –le digo mientras acaricio su pelo– estoy bien... Gracias de todas formas”. Ella agradece ese gesto con una sonrisa.

–Médico, me dice, siempre soñé con ser médico.

Quiso ser médico pero, por problemas económicos, no pudo serlo. Su padre era carnicero y no podía costear los gastos de unos estudios como esos. Con ella, eran cinco hijos, demasiados para los tiempos que corrían.

–¿Conoces Beniaján?, me pregunta. Sin darme tiempo a musitar palabra sigue hablando. En Beniaján hay una calle muy conocida por todo el pueblo, esa calle tiene el nombre de una mujer recordada por su gran labor social. Y no sólo es conocida en ese pueblo, sino en sus alrededores. Era maestra de escuela.

Yo estaba allí para que hablara de su vida y quería contarme la vida de otra mujer. La veo tan entusiasmada que no me importa. Hay más días para visitarla... Además, esta mujer misteriosa, era profesora, como lo que voy a ser yo ¿Qué labor tan grande haría? Me siento intrigada. Atiendo a sus palabras.

Muchos años de estudio y preparación la llevaron a ser lo que en su día fue –me cuenta María–. Mujer incansable, con una fuerza y una entrega por su trabajo que hoy en día no se conoce. Ya, a sus 16 años hacía sus primeros pinitos como maestra dando clase a un niño de seis años en una habitación que su padre había habilitado para ello. Poco a poco fueron yendo más niños a que les diera clases particulares. Ella lo hacía encantada y lo compatibilizaba con los estudios. A la muerte de su padre y madre, por los años 50, heredó la casa. Hizo, en una de las plantas, una sala más grande para dar sus clases. Tenía alumnos de todas las edades comprendidas entre los seis y los 14 años de edad. Finalizó sus estudios de maestra y, hacia los años 60, legó lo que era ya, una pequeña escuela. Su nombre: Nuestra Señora del Carmen.

Trabajaba de sol a sol, de día y noche, con alegría, con ilusión.

En el pueblo se hacían eco de su gran trabajo, la gente comentaba las historias sobre los niños y niñas que, a cargo de esta maestra, habían progresado en todas las facetas de su vida.

Se oía decir que a un niño mudo le hizo hablar, al comprobar que no era mudo, sino que no tenía los estímulos necesarios para poder hablar. Contaban de ella que a niños de baja autoestima los hizo florecer como rosas en primavera sintiéndose capaces de aprender porque se sentían valorados.

Un día una madre le preguntó cómo conseguía tales logros con los niños. Ella le contestó que era tan sencillo como ponerse a su nivel y, de ahí, caminar paso a paso, respetando sus ritmos, su individualidad haciéndoles ver que no sólo se aprende de la maestra, sino que la maestra también aprende de ellos.

Todo era tan positivo en este colegio que, con el paso del tiempo, se fue llenando cada vez más, precisando la ayuda de otras maestras. La edad de los escolares se amplió. Entraban niños a partir de los tres años, y la maestra se vio obligada a realizar obras nuevas en el colegio. Nunca decía que no en la admisión de un niño, por muchas reformas que tuviera que hacer.

Hasta los años 90, en que cerró el colegio, muchos fueron los niños que pasaron por las manos de esta mujer, de esta valiente y luchadora maestra, que, de un granito de arena hizo una montaña. Una montaña donde se respiraba amor, tranquilidad, seguridad, confianza... donde, de alguna manera, hizo lo que siempre anheló: salvar vidas”

–Pero esta historia... le pregunto a María. En mis ojos adivinaba que había descubierto el nombre de la protagonista de esta historia.

–Sí, mi niña, el nombre de la calle es María Matas. Ya que no pude ser médico, decidí salvar vidas de otra manera. Es otra forma de salvar vidas ¿no crees?

Sí, María, sin duda y, al contarme su vida, ha conseguido transmitirme una fuerza que creía perdida, acaba de salvar otra vida. Y no será la última que salve.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Sus logros son lo más importante de su vida, todo lo que ha conseguido a base de esfuerzo y sacrificio. “Todo lo que he conseguido ha sido por méritos propios. Nunca me ha gustado adornarme con plumas de otros”. Le satisfacía ver cómo sus niños se iban haciendo mayores entre sus enseñanzas, y después, al verlos por el pueblo, ya siendo adultos, le dijese: “Gracias María, contigo hemos aprendido tanto...” Esa es su mayor recompensa.

“Y eso, –me dice– ¿qué más te puedo decir? No hay más. No hay nada más de lo que me pueda sentir orgullosa, nada. Pero bueno, creo que es suficiente. Estoy muy contenta con el trabajo realizado. Y, la verdad, me hace mucha ilusión tener una calle donde figure mi nombre. Pienso que voy a ser recordada hasta después de mi muerte. Una parte de mi se quedará en Beniajan, de alguna manera”.

Ella se siente orgullosa de su trabajo y yo también me siento orgullosa de ella pero, yo, que soy amante del amor no podía evitar preguntarle por el: “Y el amor María...? ¿Ha estado enamorada alguna vez?”.

Su mirada se queda parada, vacía, triste y se desvía hacia la ventana, me mira otra vez: “Nunca -me dice- no sé que lo que se siente al ser amada y al amar. Quizá puse el listón muy alto. Me dediqué al trabajo y ya me ves, aquí sola, nadie me espera y no tengo a quién esperar. No me arrepiento, me siento muy orgullosa de mí misma pero hay un hueco ¿para qué voy a negarlo? Pero bueno, al no conocerlo no puedo echarlo de menos y tú, ¿has estado enamorada alguna vez? Seguro que sí. Cuéntame como es el amor.

“Lo estuve. Pero bueno, si usted me deja y quiere tener a alguien a quien esperar y que espere por usted, otro día se lo cuento”.

Ella sonríe. Me coge de la mano y asiente con la cabeza.

Mes de mayo. Ya es mi quinta visita, voy a darme prisa... no quiero hacer esperar a María.